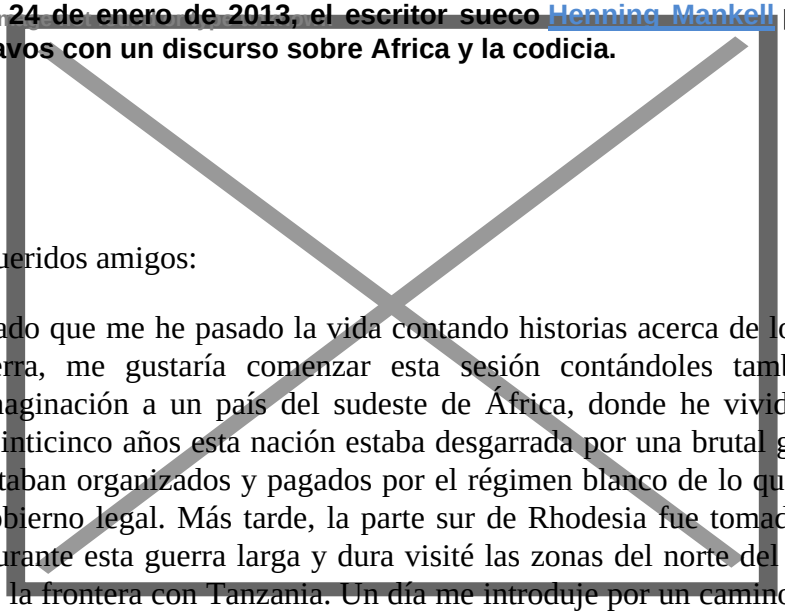
HENNING MANKELL

El 24 de enero de 2013, el escritor sueco Henning Mankell participó en el Foro Económico Mundial en Davos con un discurso sobre Africa y la codicia.



Davos, enero de 2013

Queridos amigos:

Dado que me he pasado la vida contando historias acerca de los seres humanos, sus vidas y su tiempo en la tierra, me gustaría comenzar esta sesión contándoles también este relato. Quiero que sigan con la imaginación a un país del sudeste de África, donde he vivido durante muchos años, Mozambique. Hace veinticinco años esta nación estaba desgarrada por una brutal guerra civil. Los mercenarios, que al principio estaban organizados y pagados por el régimen blanco de lo que entonces era Rhodesia del Sur, aterrorizó al gobierno legal. Más tarde, la parte sur de Rhodesia fue tomada por el régimen del *apartheid* en Sudáfrica. Durante esta guerra larga y dura visité las zonas del norte del país, en la provincia de Cabo Delgado, cerca de la frontera con Tanzania. Un día me introduje por un camino que conducía a un pequeño pueblo, y vi a un hombre joven que venía hacia mí. Ya a cierta distancia noté que estaba muy delgado y que caminaba despacio, de una manera casi antinatural, diría. Cuando nos acercamos más pude ver que sus ropas eran harapos. Pero luego me di cuenta de algo que nunca olvidaré mientras viva. Miré sus pies: no tenía zapatos. En su lugar había pintado unas sandalias. En los pies. Había usado los colores de la tierra y de las raíces para reemplazar sus zapatos. De esa forma había llegado a conservar su dignidad. Nunca olvidaré a ese muchacho que en ese momento tendría unos 15 años. ¿Qué fue de él? No lo sé. Lo más probable es que nunca haya tenido la oportunidad de crecer. Murió joven. Fue obligado a morir joven. Pero yo siempre lo llevo conmigo. Porque él tenía dos historias para contarme. La primera es la de cómo se las arregló para mantener su dignidad. Aunque su vida se vio atormentada por el hambre y la pobreza. Pero también por el temor a que los bandidos armados que podían venir en la noche lo mataran a él y a su familia. La otra historia es sobre el hecho de que él me aconsejó que, si alguna vez yo tuviera que hacerlo, también debía pintarme zapatos en los pies. El ser humano tiene una capacidad notable para soportar y mantener su dignidad de maneras que no contemplamos posibles.

¿Qué es el ser humano? Esa es, quizá, la pregunta a la que he dedicado la mayor parte de mi tiempo como escritor. ¿Qué significa vivir en esta época? ¿Qué significa para un ser humano en busca de algo que pueda dar algún tipo de sentido al breve tiempo que pasamos en esta tierra? ¿Hay un significado después de todo? ¿O es la vida de un ser humano tan misteriosa como el hecho de que la luz de las estrellas que veo aquí en Davos por la noche viajó durante un período de tiempo mayor que el que nuestra Tierra lleva existiendo?

Como autor creo haber encontrado una respuesta. Y eso me lleva a la segunda historia que quiero compartir con ustedes aquí hoy. Parte del tiempo que paso en Maputo, capital de Mozambique, lo hago en el único teatro profesional que hay en el país, el Teatro Avenida. Allí trabajo como director y dramaturgo. A veces, durante nuestros ensayos, hace mucho calor. No hay un aire acondicionado que funcione. Esto significa que uno debe aprovechar cualquier oportunidad para salir al aire libre, con la esperanza de que una brisa refrescante lo alivie. En la calle, afuera del teatro, hay un pequeño banco. De vez en cuando hay un poco de sombra en ese banco. En los países templados se comparte el agua, así como cualquier sombra con hermanas y hermanos. Un día, un par de años atrás, cuando yo salí de la sala había dos ancianos africanos sentados en ese banco. Noté que si sólo se movían ellos un poquito, habría espacio suficiente para que pudiera sentarme a la sombra también. Así que allí estábamos, dos ancianos negros y un hombre algo más joven blanco. Me encanta escuchar a escondidas así que presté atención a lo que estaban hablando. Entendí que lo hacían sobre un tercer hombre que acababa de morir. Uno de los hombres sentado en el banquillo, dijo: - Yo estaba en su lugar y empezó a contarme una historia sorprendente acerca de algo que había ocurrido cuando era un niño. Pero era una historia muy larga y se hizo tarde así que le dije que estaría de vuelta al día siguiente para que pudiera escuchar el final de la historia. Pero cuando llegó el día después, él había muerto.

Todo estaba tranquilo en el banco. Me dije a mí mismo que no me iría hasta haber oído lo que el otro tenía para decir. Por fin, después de lo que parecieron horas, dijo algo que tampoco olvidaré mientras viva: - No es esa una buena manera de morir antes de que haya terminado de contar su historia.

En ese momento entendí lo que es un ser humano. Se nos denomina Homo Sapiens, el hombre sabio, pero como realmente debería llamársenos es Homo narrans, el hombre narrador de historias. Porque lo que nos separa de otras criaturas es la notable capacidad de hablar y escuchar. Les puedo contar yo sobre mis sueños, mi ansiedad y mi ira y me pueden decir el vuestro. Mi gato no puede sentarse con otros gatos y hablar acerca de sus sueños y su esperanza en el futuro. Creo, o estoy convencido, que esta capacidad de usar palabras y escuchar las palabras de otras personas, salvará a la humanidad a largo plazo, cuando hayamos dejado el mundo irracional que vivimos en la actualidad. Con una nueva técnica veo la posibilidad de que más personas hagan oír su voz y la posibilidad de que escuchen. Mientras tanto, debemos considerar esta nueva técnica de manera crítica. Yo soy muy escéptico acerca de Twitter, por ejemplo, que está, básicamente, construido en el hecho de que está prohibido profundizar sobre cualquier pensamiento. En cambio la gente se anima a compartir sus pensamientos superficiales y fragmentados que no nos hace más sabios ni vamos a conocer a los demás seres humanos de una manera significativa. Yo, que a menudo escribo libros gruesos, historias largas, me he dado cuenta que hay un anhelo hoy después de esas historias que demandan nuestra atención por más de unos breves momentos. No creo que las imágenes en vivo, cine, televisión, Youtube, completamente hayan asumido el papel de la novela y el libro en nuestra sociedad. Si pensara así ya no seguiría escribiendo y dejaría mi pluma simbólica aquí y ahora.

En las dos historias que les he contado, me han acompañado en viajes simbólicos a África. Naturalmente, yo podría haber elegido historias de mi propio país, o por lo menos de nuestra parte del mundo. Pero ya que he vivido más de la mitad de mi vida con un pie en la arena y otro en la nieve, y dado que este movimiento tiene un impacto tan grande en mí como autor contando historias de África, fue una elección muy consciente. Suelo decir que mi experiencia africana me ha convertido en un mejor europeo. Significa que puedo considerar a Europa desde la distancia y con una perspectiva diferente al igual que el pintor que se aleja de su caballete. Desde este alejamiento puedo ver los puntos fuertes de la política y la cultura europea, pero también puedo ver los débiles, las grietas en la pared. Por ejemplo, la forma de tratar a los refugiados y cómo los callamos. Pero mi experiencia africana también me ha enseñado mucho más sobre las condiciones de ser un ser humano en nuestro tiempo. Me he acercado al conocimiento de los pueblos africanos. Hay tantas cosas que podríamos aprender si tan sólo nos preocupáramos por escuchar.

Mi crítica más importante hoy en día en contra de Europa y el mundo occidental todo, es que, me parece, hemos perdido por completo nuestra capacidad para escuchar. Nos hemos convertido en un continente donde todo el mundo habla constantemente. Lo único que importa son nuestras propias palabras, no lo que otros tienen para decir. En lugar de ayudar a África en su desarrollo con una apertura humilde y curiosa, hemos empacado nuestras maletas con respuestas y soluciones a diferentes problemas. Nuestras maletas deberían haber estado llenas de preguntas. Es un signo de pobreza que nosotros, los occidentales creamos que la gente en África no puede enseñarnos nada. Lo sé con convicción. Podría quedarme aquí hasta tarde esta noche o hasta que las vacas regresan al establo, como decimos en Suecia, y le dará ejemplos de lo que quiero decir. Pero por desgracia no tenemos tanto tiempo.

Quiero decir que sólo hay un gran problema en el continente africano hoy y es la pobreza. Pero voy a parar aquí porque tal afirmación puede ser fácilmente malinterpretada. El continente africano es fundamentalmente un continente muy rico. Muchos de los más buscados minerales y de los más raros del mundo, se pueden encontrar solamente en África. La diversidad agrícola es magnífica. El continente africano empobreció en la era colonial y por las consecuencias de lo que significaba deshacerse de esa opresión. Lo que empezó con el comercio de esclavos, donde muchos países árabes son tan culpables como el mundo occidental, culminó con el Congreso de Berlín en la década de 1880 y la lucha por África. En Berlín se dividió África y no fue hasta hace 20 años, con la abolición del apartheid, que África comenzó a liberarse de sus cadenas. Digo "comenzó", porque la pobreza en África ha sido opresiva y tomará bastante tiempo para deshacerse de ella. Para ayudar a África en sus propios términos, debe ser considerada como un pago por el patrimonio diabólico que el colonialismo dejó atrás.

Cuando digo que la pobreza es el único problema, lo que realmente quiero decir es que todos los otros problemas están directa o indirectamente relacionados con esta desventaja económica. Podemos discutir la atención de la salud, la educación, el desempleo, la sociedad civil frágil o la débil situación de las mujeres con mucha responsabilidad y sin influencia real en las instituciones políticas. Están todos de una manera u otra relacionados con la pobreza.

Tampoco debemos olvidar que los refugiados que llegan a Europa procedentes de África y de otros lugares vienen aquí con la esperanza de un futuro mejor. Su petición puede ser fácilmente resumida: - ¡Venimos aquí, porque ustedes estuvieron allí!

Para mí, el tema más importante es el analfabetismo. Cuando la gente me pregunta si es posible comprar mis libros en Mozambique puedo contestar de dos maneras. Puedo decir la verdad, y destacar que es posible comprar mis libros en Mozambique o puedo hacer como el filósofo griego Sócrates y responder, como el abogado del diablo: ¿Por qué es posible comprar mis libros en Mozambique?, sólo para comenzar una discusión. Para mí, el único libro realmente importante en Mozambique es el del ABC. Con más de la mitad de la población analfabeta nos acercamos a uno de los temas principales de la pobreza. El analfabetismo en Mozambique también debe considerarse desde un punto de vista global. Es una vergüenza que todavía en 2013 obliguen a los niños a comenzar la vida sin las herramientas más importantes que necesitarían para sobrevivir: la capacidad de leer y escribir. Desde esa perspectiva, el analfabetismo es una plaga que deberíamos haber podido erradicar antes como lo hicimos con la viruela. Pero permitimos que continúe el analfabetismo para atormentar a la gente. Las personas nacen con el analfabetismo y se ven obligadas a morir sin saber lo que se siente al leer una oración. El veredicto de la historia será muy pesado sobre nosotros porque no hemos resuelto esto de una vez por todas. Tenemos el dinero, tenemos la logística, pero todavía la gente no sabe lo que se siente al leer y escribir. Es una vergüenza para nosotros que permitamos que esto continúe.

Como escritor, pero sobre todo como un intelectual consciente, tengo una responsabilidad. La realidad que me rodea me afecta de muchas maneras. La humanidad no es sólo la narración de historias de animales, también es un animal político. No hay mayor amenaza para la democracia que tantos hombres y mujeres jóvenes digan: - No estamos interesados en la política. Entonces, es importante aclarar que siempre vivimos en un contexto político. Nadie puede esconderse de este hecho. Y la democracia, que todos creemos, nos exige una participación o de lo contrario morirá. En una democracia representativa les damos mucha responsabilidad a los que elegimos. Pero nosotros no les podemos dar toda la responsabilidad. Si hacemos eso, y perdón por mi lenguaje brutal, cortamos la garganta de la democracia y le imposibilitamos respirar. Un ser humano puede vivir con un respirador, la democracia no.

Para mí, la realidad política es una cuestión de solidaridad. Muchas personas imaginan que la solidaridad es sobre todo acerca de las emociones. Vemos el resultado de un devastador incendio en una fábrica de explotación de Asia, un tsunami o una guerra civil, y queremos ayudar. Eso es correcto, deberíamos hacerlo. Pero la solidaridad es mucho más. Principalmente se trata de solidaridad de sentido común. Acerca de sabiduría política. Si yo quiero que mis hijos tengan un futuro mejor, lo que también hay que pensar es que los demás niños deben tener la misma oportunidad. De lo contrario ninguno de ellos tendrá un futuro. Como seres humanos siempre tenemos que tomar una decisión. Supongamos que estoy sentado en casa escuchando música. De repente, oigo que alguien está pidiendo ayuda en la calle. Entonces puedo hacer las siguientes selecciones: puedo subir el volumen de forma que ya no puede oír a la persona en la calle. O puedo abrir una ventana y ver si hay algo que yo pudiera hacer. Y luego hacerlo. La acción habla más que las palabras, nunca al revés. La solidaridad puede ser predicada, pero es la acción política lo que realmente muestra el significado de la solidaridad.

He hablado mucho sobre la pobreza. Sabemos que vivimos en un mundo en el que no sólo estamos conectados por Internet. Además, las transacciones financieras son cada vez más restringidas. En unas pocas fracciones de segundo, miles de millones de dólares o euros u otras monedas pueden ser mágicamente transferidos de un continente a otro. Nadie puede controlar estas operaciones financieras. Al mismo tiempo, debemos darnos cuenta de que vivimos en una época donde los valores más básicos se han alterado por completo. Cuando yo crecía, la codicia era considerada como uno de los pecados cardinales. Y la generosidad es una virtud. Así era. Pero de repente, en cuestión de pocas décadas, esto ha cambiado. Hoy la codicia casi se ha convertido en una virtud y ser generoso es casi como ser estúpido. No hay que pensar que un hombre como Madoff en Estados Unidos, todos estos banqueros codiciosos, traficantes de armas, narcotraficantes y hombres involucrados en el tráfico, están en todas partes. Su codicia y la brutalidad también parecen no tener límites. Hay un gran riesgo de que nuestras sociedades se desgarren por la desintegración de los valores éticos y una vista bastante decente de la igualdad en nuestras sociedades.

¡Queridos amigos!

Todo lo que he hablado hoy aquí da una idea bastante buena de qué tipo de historias yo creo son importantes para escribir. Pero eso no quiere decir que escribo manifiestos políticos en forma de novelas u obras de teatro o guiones de cine. Estoy totalmente de acuerdo con el gran dramaturgo alemán Bertolt Brecht que destacó el punto que primero hay que entretener y divertir a la audiencia, entonces luego podría haber seriedad.

Escribo sobre el hombre que cuenta cuentos y escribo acerca de una raza humana que está evolucionando. A la larga supongo que este mundo horrible que vivimos hoy en día, con una brecha cada vez mayor entre ricos y pobres, es algo que podemos luchar y cambiar. Si yo no creyera que no he dedicado mi vida a la escritura, no podría estar aquí.

Este monólogo se convertirá ahora en un diálogo. Permítanme terminar con un proverbio africano que me gusta mucho: “¿Por qué un ser humano tiene dos orejas pero solamente una lengua? Simplemente porque debemos escuchar el doble de lo que hablamos”. Por lo tanto, creo que este es un buen momento para parar.

(Traducción: **Lala Toutonian** **- Tomado de: Infobae**)